

MEMORIAS

Por Ernesto Suárez

Cometí el mismo delito que cometo ahora, hacer teatro en los barrios.

En el '74 los estudiantes de teatro tomaron su Escuela (que quedaba en la calle Las Heras) y pidieron que fuera su Director. Mi poca experiencia como docente teatral me llevó a pedir al Secretario Académico de UNCuyo, en ese entonces Prof. Arturo Roig, integrar a mi gestión a dos docentes brillantes; es así como formamos equipo con Malicha De Rosas y Beatriz Salas.

Una de las primeras medidas que tomé como Director fue sacar los alumnos a la calle, con esa intención formamos con estudiantes avanzados dos elencos "Los comediantes" y "Los laburantes". El periodista Jorge Bonnardel, posteriormente muerto en el exilio, publicó al respecto en el diario local de mayor tirada "Escuela de Teatro: un año y 350 funciones". Con los elencos salíamos casi todos los fines de semana a los barrios a contar historias que tenían que ver con la comunidad; tuve todo el apoyo de Rectorado y nuestra motivación principal fue la idea: "vamos a los barrios donde el teatro no llega para devolver un poco a la comunidad, el estudiar gratuitamente en la Universidad Nacional". El enfoque pedagógico apuntaba a un acercamiento de los estudiantes con nuestro contexto. Se incorporaron al plantel tres maestros importantísimos: Carlos Owen, Jorge Fornés y Maximino Moyano; para mí era insólito que no estuvieran aún en la Escuela. Estos tres docentes eran integrantes de TNT (Teatro Nuestro Teatro) que desde un pequeño local en calle San Juan, habían generado todo un movimiento artístico - cultural. En esa salita se pasaban buenas películas, se hacía teatro para chicos y grandes, así como exposiciones de importantes pintores locales. La salida de Cámpora hizo que todo cambiara. Comenzaron las amenazas y apareció en el escenario la triple A, como se denominaba la Asociación Argentina Anticomunista. Paradójicamente, nosotros teníamos la AAA (Asociación Argentina de Actores) y uno de los primeros desaparecidos fue el Secretario General de tal Asociación, el actor Rubén Bravo. Una bomba destruyó el TNT y otra la casa de Carlos Owen, siguieron hechos nefastos y amenazas.

Una triste noche de lluvia huimos a Perú, como delincuentes, mi compañera, mi hija de 2 años y yo.

He vivido más gobiernos de facto que democráticos, sin embargo, volví del duro exilio a mi lugar en el mundo, en el que lucho con el teatro como bandera, desde 1983 hasta hoy, con mis 81 años.

El sonido que encierra esa sirena, aquella cuyo grito nos envolvió durante toda la cuarentena por la pandemia de COVID-19, siempre sonando a la misma hora, al anochecer, sintetiza el recuerdo, la memoria de la dictadura que obligaba a los jóvenes a recluirnos con el toque de queda.

Sirena al anochecer, imagen sonora del límite entre la vida y la muerte, entre el afuera acechante y el adentro que imaginábamos protector, aunque no lo fuera tanto.

Sirena imponente de poder, sirena que tapaba las voces silenciadas, sirena acuciante al anochecer, momento en que lo visible comienza a esfumarse y se sensibiliza lo audible, por eso duele, momento en que no veíamos los cuerpos caer pero se escuchaban tiros, bombas y vidrios que estallaban.

Siempre a la misma hora la sirena de cada anochecer, sonido del espanto, ritual del terror. Las mañanas eran diferentes, pero el sol no alcanzaba a mostrar los rostros asesinos ni a iluminar a aquellos que ya no estaban, ni el canto de los pájaros logró borrar esa sirena.

Oscuridad fue el nombre de la ausencia y sirena el sonido del recuerdo que nos hirió la memoria para siempre.

Por Mónica Pacheco

Algunas enloquecimos de recuerdo (*re cordis*: volver a pasar por el corazón) y tuvimos que encontrar esa vieja herida nuevamente para entender que esa cicatriz es el dibujo, el mapa imborrable de nuestra memoria.

No confundir el aquí y ahora con el allá y entonces fue la clave, de sol.

Por eso tocaba el piano cuando sonaba la sirena y me sumía en el ensueño de la música que sana, por eso hacés teatro ...por eso te abrazaba cada vez que la escuchaba, por eso abrazo tu teatro para que no te escapes al exilio de tu alma. Para que nunca más suene por lo mismo, para que no nos maten de nuevo.

Lloramos nuestra ausencia cada 24 de marzo.

Y llena de cicatrices abrazo tu esperanza, ya no nos matarán.

Por Ana Suárez Pacheco

Cuando Juan Gelman recibió el premio Cervantes, en su discurso expresó "Las heridas no están aún cerradas, su único tratamiento es la verdad y luego la justicia; sólo así es posible el olvido verdadero"; la herida es una sombra permanente en la memoria, aun así el herido puede ser guerrero que sana con su sangre las huellas del dolor y puede ser alimento de las utopías del futuro; mi querido Juan, con dolor te abrazo allí donde estés y te digo que el olvido verdadero no existe, pero esperanzadamente afirmo que ahí radica la potencia del hacer, ahí radica la gloria de la memoria, como quien transmite un saber a través de la narración a sus hijos, el recuerdo nos habilita a seguir hacia delante sin repetir el pasado; la idea de la verdad consiste en develar lo sucedido, es decir quitarle el velo a lo silenciado, mirar la sombra a los ojos y hacer del recuerdo un estandarte, del dolor un ramo de flores y de la herida una medicina para la esperanza de nosotros los jóvenes, porque la memoria es un abrazo que impulsa al futuro.